

CIENCIA VETERINARIA..

BOLETIN

SE PUBLICA LOS DIAS 1 Y 15

Plaza de Santo Domingo, 13. - Teléfono 21956

NUM. 62

Madrid, 15 de enero de 1943

AÑO IV

25

CIENCIA VETERINARIA

San Antonio Abad

(Leyendas y costumbres.)

El Ayuntamiento de Madrid y la Sociedad Protectora de Animales han acordado dar realce y esplendor a la festividad de San Antón, como protector de los animales, y restablecer alguna de las antiguas costumbres de gran sabor popular.

En el «A B C» del día 10 se publica el programa de dicha fiesta, y en él se dispone:

«El Ayuntamiento de Madrid, coadyuvando a esta simpática idea, ha concedido una subvención de 5.000 pesetas, que se destinará a premios para el ganado de tiro, silla y trabajo.

El día de la fiesta se repartirán este año los siguientes premios:

Tres de 500 pesetas cada uno para caballos de tiro ligero, de tiro pesado y caballos de tiro del Ejército.

Otros tres premios de 500 pesetas cada uno para animales de silla: uno, para jacas camperas; otro, para caballos o yeguas de silla, y otro, para caballos o yeguas del Ejército.

Para animales de trabajo, otros tres premios de 500 pesetas cada uno: para mulas de tiro pesado, para mulas de labor y para ganado vacuno de trabajo.

Dos premios de 250 pesetas cada uno para los mejores ejemplares de ganado asnal.

Cien pesetas para el mejor perro de caza. Otras cien pesetas para perros de guardería y seis diplomas para los mejores perros de lujo.»

Sigue a continuación la relación de festejos populares.

En la imposibilidad de recoger todas las leyendas y costumbres que rodean la veneración de San Antón, me limito a reseñar las referentes al ganado porcino, ya que en muchas imágenes y estampas es frecuente ver la sagrada figura de San Antonio Abad acompañado de un cerdito, que en unas estampas es negro y en otras blanco.

Son muchas las tradiciones y leyendas que pretenden explicar el origen de esta compañía del virtuoso anacoreta; por su sencillez y por referirse a una tradición española, voy a traducir lo que ha escrito H. Burgeois en «Les Saints et les animaux», París 1900, con aprobación del Obispo de Luçon.

«En mis estudios sobre los animales —escribe Burgeois— he tenido ocasión de hallar esta leyenda, en la que se puede admirar un ejemplo de la bondad natural de los santos, que no desdeñaban prodigar personalmente sus afecciones a los animales. Me contento con reproducir la leyenda tal como la he recogido de las crónicas ingenuas de la Edad Media.

Un poderoso rey de España tuvo la desgracia de tener por esposa una mujer poseída del demonio. El infortunado monarca había recurrido a todos los medios posibles e imaginables para librarse del influjo demoníaco que había traído la perturbación a su hogar, pero ninguno de los remedios le pudo dar satisfacción. ¡En vano había requerido el auxilio de todos los médicos, curanderos, hechiceros y hechiceras del reino! ¡En vano había llamado a los más célebres exorcistas de la península!... Nada podían hacer; la reina, cada día más poseída, se manifestaba cada vez más insoportable y más molesta.

El pobre rey no sabía qué partido tomar. Desesperado, hablaba de abdicar la corona, de alejarse de su mujer y sus familiares, de recluírse en el fondo de un claustro, cuando llegó a sus noticias los

numerosos milagros hechos por San Antón. En seguida se apresuró a enviar a los principales señores de la corte con la misión de exponer al Santo el estado lamentable en que se encontraba la reina y de suplicarle que fuese a librarla de semejante estado con la ayuda del poder sobrenatural que de Dios había recibido.

En la confianza de esta liberación, que él suponía conseguir, y que estimaba la ocasión como un milagro prodigioso, cuyo éxito podría conquistar para la religión cristiana el hermoso país de España, San Antonio no dudó en abandonar por poco tiempo su soledad. Llegó a la corte del rey, y allí, en presencia de una multitud de grandes personajes, se puso a orar durante un largo rato, y en seguida la reina fué repentina y completamente curada, y de nuevo volvió a conquistar el afecto y cariño de su esposo.

Apenas terminada la curación milagrosa, el Santo, a pesar de las instancias del rey agradecido, que quería retenerlo a su lado, huyendo de la corte maravillada, se apresuró a dirigirse hacia la puerta del palacio para tomar el camino del desierto. Pero he aquí que de un fuerte tirón se siente retenido por el paño de su túnica. Vuelve la cabeza y ve una enorme cerda que se había introducido en el palacio a favor de la confusión y parecía mostrarle la cría que traía con ella.

El solitario se disponía a pasar, cuando la cerda—que era la que había intentado retenerle la vez anterior—lo agarró de nuevo por los bajos del sayal, y exhalando un gruñido quejumbroso parecía invitarle con insistencia a que mirase a su prole.

San Antón, que amaba mucho a los animales, reparó entonces en un lechón, y advirtió que el pobre animalito era ciego y tenía además las patas contrahechas, hasta el punto de que casi no se podía servir de ellas. Lleno de compasión ante este espectáculo, y comprendiendo lo que esperaba de él la cerda, tocó ligeramente los ojos del lechón enfermo y pasó dulcemente la mano sobre las patas, y en seguida se curó de su doble enfermedad y gruñó con fuerza en prueba de satisfac-

ción, y empezó a dar saltos de alegría alrededor de su bienhechor. Este nuevo milagro impresionó de un modo tan maravilloso a todos los presentes como el anterior; todos y cada uno de ellos admiraban la bondad del Santo, que después de haber entregado una esposa al rey no desdenaba en emplear su poder en curar a un humilde animal.

San Antonio partió entonces, acompañado de la gratitud del rey y de la reina y aclamado por el pueblo entero. En cuanto al cerdo—agrega la leyenda—, siguió los pasos de su bienhechor, salió del palacio detrás del Santo y desde este instante se hace su fiel compañero, sin que jamás consintiera abandonarle. Continuó acompañándole hasta el desierto y participó durante muchos años de su vida de penitencia.

Ved aquí cómo y por qué en la historia y en la leyenda el cerdo es el compañero inseparable del gran San Antón.»

* * *

En España hemos tenido muchas costumbres populares relacionadas con el culto y leyendas de San Antón como protector del ganado porcino. Copio del libro de Tomás Costa «Historia jurídica del cultivo de la ganadería en España» (1918), el siguiente relato:

«*El tocino de San Antón.*—La costumbre que vamos a describir es tan antigua como general en los pueblos agricultores de España, salvo pequeñas variantes, y tiende a la conservación de la fe y devoción al Santo Abad, bajo cuya advocación ponen la conservación y salud de los ganados de labor y venta, y como uno de los medios de allegar recursos para el sostenimiento del culto.

En el pueblo de El Bonillo (Albacete) regalaban los fieles y devotos un cerdo moladar a San Antón, a cuyo animal era costumbre cortar el rabo y las orejas, y así echarlo en completa libertad a la calle. Este animalito va rebuscando entre las basuras algo con que alimentarse, hasta que el vecino que lo ve lo llama y le echa algún piensecillo. Pronto se acostumbra a ir llamando a domicilio, y todos le facilitan comida, y

en la casa donde le coge la noche, en ella pernocta, sin que nadie sea osado maltratarle, pues se considera como «cosa sagrada». De esta manera va engordando el animal, si bien no en la proporción de lo que come, efecto de su actividad y movimiento muscular, que impide el mayor desarrollo de las grasas. El cura párroco, que hacía las veces de patrono del Santo, en la época del año que consideraba conveniente, seguía uno de estos dos sistemas como medio de reducirlo a dinero: bien por medio de una subasta por pujas a la llana en la plaza mayor y día festivo, a la salida de la misa de once, o en rifa, auxiliándose para ello de los monaguillos para la expedición o venta de las papeletas.

Una vez verificada ésta, la persona agraciada con el cerdo cebado, era costumbre casi obligatoria el comprar otro cerdo pequeño, que vuelve nuevamente a la calle, en la misma forma que lo hicieron con su antecesor. Es curioso ver cómo este animalito se acostumbra a llamar gruñendo a la puerta de la casa que encuentra cerrada, no cesando hasta tanto se la abren.

El producto de la subasta o rifa del cerdo se dedicaba al mayor esplendor de la fiesta religiosa que se tributa al expresado Santo.»

En los siglos XVI y XVII, la festividad de San Antón se celebraba con gran algazara entre los porqueros de la villa de Madrid con una fiesta ruidosa que obligó a frecuentes intervenciones del Corregidor, hasta que fué suprimida en 1722: era la mojiganga llamada del «rey de los cochinos». Celebrábase esta fiesta —dice un cronista de la corte— en los altillos del cerro de San Blas, entre la ermita de este Santo y la de San Antonio, que se encontraba no muy lejana, precisamente donde ahora hállase enclavada la fuente del Ángel Caído, al final del paseo de coches del Retiro.

La elección del cerdo-rey se hacía, según el mismo cronista, en los siguientes términos:

Llegábanse los porqueros de la villa

frente a la ermita de San Blas, y traían con ellos a los verracos del Concejo, primorosamente ataviados con grande profusión de cintas y de campanillas. Colocabáanse en línea ante la puerta, donde había una gamella con cebo, y soltándoles a un tiempo festejábese el final de la cerdosa carrera, proclamando cerdo-rey al primero que llegaba a dar con sus respetabilísimos hocicos en aquella meta tan codiciada. Averiguado cuál era el puerco ganador, se procedía a ceñirle una corona de ajos y cebollas. Muy luego—sigue el cronista—se procedía a investigar quién era el porquero digno de igualarle en autoridad, y echándose suertes entre los zagales, acogiase con grandes aclamaciones la designación del preferido.

Toda la comitiva, dando voces, soplando cuernos y tañendo cencerros, corría hasta dar en la puerta de la ermita de San Antonio. Los frailes del próximo monasterio daban la bendición a los hombres y a los animales que presentaban; también bendecían el pan que se repartía entre los comensales a la fiesta y la cebada para las bestias.

Años después—fines del XVIII y XIX—arraigó la costumbre de ir en romería el día de San Antón, que ha perdurado hasta nuestros días, desde la Red de San Luis hasta la plaza de Santa Bárbara. A esta romería acudían muchos jinetes y reatas de bestias; aquéllos, con espléndidos atavíos, y éstas, muy adornadas de moñas y ataujías de varios colores. Paraban delante de las Escuelas Calesacianas, donde recibían la bendición de un Padre Escolapio; más moderadamente acudían pocos équidos; no faltaban perros, corderos, etc., y muchos saquitos de cebada para ser bendecidos, pruebas de que se mantiene viva la fe en San Antón.

En Cataluña también se celebraba con típicas costumbres la festividad de San Antón, siendo una de las más antiguas la rifa de los cerdos. J. Amades, en su libro «Las diadas populares catalanas» (1932), describe esta costumbre; los

cerdos que habían de ser rifados eran paseados por las calles y caminos; para llamar la atención del público eran acompañados por dos músicos: el uno tocaba la cornamusa y el otro el flabiol. De la costumbre de tan pintoresca ronda ha quedado la frase de «dar más vueltas que los cerdos de San Antón».

Esta rifa fué instituída por los antiguos Hermanos Antonianos, fundadores del Hospital de San Lázaro, de Barcelona, el año 1115. Como recuerdo de que San Antonio Abad era abogado de los leprosos, aquella comunidad tenía en Cataluña varias casas: en Valls, Lérida, Tárrega, Perpiñán, Cervera. En Barcelona construyó la iglesia y el convento de San Antonio, cerca de la mullara de tierra. La puerta de Cardona, que se abría en aquella zona, tomó el nombre de Puerta de San Antonio, y más tarde este nombre se extendió a toda la barriada. El Consejo del Ciento siempre tuvo gran predilección por esta comunidad.

La rifa de los cerdos subvenía en parte al sostenimiento de esta Orden. Parece que en el año 1728 quisieron suprimir la comunidad; el Conservador demandó a los consejeros que fuese respetada. En tiempos pasados esta rifa había conseguido grandes privilegios.

A medida que disminuían las leproserías mermaba la importancia de la comunidad, que acabó por abandonar la ciudad de Barcelona, en 1815. El Hospital de la Santa Cruz se hizo cargo de la leprosería, y este hospital siguió haciendo anualmente la rifa de los cerdos. El representante del hospital, encargado de vender los billetes, llevaba una imagen del Santo y una bolsa semejante a una morcilla morcón; en el fondo pendía una campanilla. La rifa desapareció en tiempos modernos, por estar prohibidas las rifas particulares.

Rifas de cerdos se celebraban antiguamente en muchas poblaciones de Cataluña, siempre en beneficio de los hospitales.

* * *

La cabalgata de los tres botes.—En una de las obras de Amades, «Costum-

bres populares de Barcelona» (1914), se describe esta cabalgata, que se celebraba el día de San Antón. La organización corría a cargo del gremio de trajineros alquiladores de mulas y los trajineros de ribera; en tiempos más modernos, por los carreteros y cocheros.

Organizada la cabalgata, el que se consideraba mejor jinete, después de la bendición de las bestias, levantaba el caballo sobre las extremidades traseras y le hacía dar tres botes delante de la capilla. Era un símbolo de acción de gracias y al mismo tiempo una exhibición de destreza. Posteriormente, toda la cabalgata daba tres vueltas alrededor de la manzana de casas que rodeaban la iglesia. De la antigua forma de la cabalgata ya no queda más que el nombre. Se limita a unas carreras por las calles más importantes; no dan las tres vueltas: se limitan a una pasada.

Durante el primer tercio del siglo pasado en Barcelona se cuidaban de organizar la cabalgata de San Antón las tres cofradías de trajineros: los alquiladores de mulas, los trajineros de ribera y los mandaderos (mozos de carga). Estos gremios tenían en su poder todo el tráfico barcelonés. En la plaza de Trajineros, tenían su parada. La casa gremial, ya desaparecida, tenía en la fachada una imagen pintada de San Antonio Abad, alumbrada todo el año.

El domingo anterior a la festividad del Santo, en aquella plaza era concedido el cargo de abanderado al mejor postor. La Junta del gremio le llevaba la bandera a su casa y la ponía en el balcón. El día del Santo se reunían en casa del abanderado todos los jinetes que habían de tomar parte en la cabalgata. Tres jinetes en fila abrían la comitiva; el abanderado, en medio, y cada uno de los de los lados sostenía un cordón. Cuando llegaban al barrio de la Rivera, la comitiva se dirigía al convento de Santa Clara, también desaparecido; desde allí se encaminaba a la plaza de Armas de la ciudadela. Existía la tradición de que allí puso pie en tierra San Antón cuando llegó a Barcelona a caballo sobre una nube. Los jinetes y sus caballos y recuas eran

bendecidos en la iglesia de San Antonio. La cabalgata retornaba a la plaza de Trajineros, donde era esperada por cuantos no habían tomado parte en la fiesta.

Desaparecidos los gremios, en los últimos años se organizaban cabalgatas en que los jinetes iban majamente vestidos y los caballos con adornos: moñas, cintas, etc., y correteaban por las calles principales. El espectáculo había perdido el colorido y entusiasmo de las épocas pasadas.

Un detalle que Amades recoge con gran cuidado es la vestimenta de los patronos, y escribe: «El día de la fiesta de los *tres botes* todos lucían sus mejores joyas. Los cocheros y carreteros vestían trajes de paño negro, armilla de color, sombrero de copa alta, guantes blancos y muy enjorados.»

C. SANZ EGAÑA
